

bría triunfado sin la guerra civil a que sus hijos se abandonaron en estos años últimos. Voy a recorrer de nuevo los territorios de los beligerantes de la gran guerra, esta vez con el alma encendida por el deseo de que se haga la paz entre los portadores de la cultura. Desvanecido el espejismo de la Monarquía universal, ¿qué razón hay insuperable para que no se rehaga lo que antes se llamaba el concierto europeo, y ahora, extendido a los pueblos de América y Oceanía y Extremo Oriente, pudiera llamarse la concordia de la civilización occidental? Un llamamiento a esa concordia viene a ser también la Exposición de Gotemburgo.

Pero con guerras o sin ellas y aunque los bárbaros se desborden de odio, la cultura nuestra seguirá haciendo su obra mientras no la abandonen sus mejores hijos. Esto que ha ocurrido

en Rusia no es obra de Lenin y de Trotsky, sino de los mejores, como Tolstoi y Dostoievsky. El día en que se le ocurrió a Dostoievsky, que era el mejor de Rusia, el fatal distingo entre cultura y civilización, y escindió en dos mitades nuestro mundo, para quedarse él con la religión y el arte, y no dejarnos a los occidentales más que la técnica y la ciencia, aquel día mismo empezó Rusia a recaer en la barbarie primitiva. Pero si sus mejores hijos le son fieles, la cultura nuestra seguirá conquistando pueblos en el mundo, y uniendo los océanos y los continentes, hasta crear, al fin, las condiciones necesarias para que nos podamos dedicar exclusivamente a producir un tipo mejor de hombre.

RAMIRO DE MAEZTU

(El Sol, Madrid).

Costa Rica, gran República

(Concluye. Véase el número anterior).

En las postrimerías del siglo XIX surgió a la cabeza del Poder Ejecutivo un político batallador e inquieto, temperamento progresista, de imaginación y palabra sugestivas, y de carácter fuerte: don Rafael Iglesias. Cumplido su primer período, en el que desarrolló, sin duda, brillantes iniciativas, impuso su reelección. Se operó entonces, a su alrededor, el vacío más absoluto, hasta que cayó por ministerio de la ley y veredicto de la opinión pública, para no levantarse más al nivel de sus ambiciones ni de sus ejecutorias de gran Administrador. Es que el pueblo costarricense, a pesar de su espíritu práctico, y quizás por ser eminentemente práctico, ama el imperio de las libertades públicas muchísimo más que las maravillas del progreso material si ellas han de venir unidas a los eslabones de la cadena—de hierro o de oro, el metal importa poco—, de la esclavitud, y desconfía de los hombres demasiado enérgicos que a cambio de transformaciones incuestionablemente útiles en los sistemas monetarios, vías de comunicación, pavimentación de ciudades y otras bienandanzas, ofrecen el peligro de gobiernos personales que suelen colocarse por encima de las leyes y erigir en leyes los caprichos del mandatario.

En enero de 1917 Federico Tinoco Granados derribó de un golpe de cuartel al Presidente González Flores. A raíz de este movimiento el país, aunque mirando, con pena, roto el prestigio de su tradición pacifista de más de medio siglo, prestó su apoyo al militar osado que se dijo intérprete de nobles sentimientos y aspiraciones populares. Empero, tan pronto se dió cuenta del engaño, se alejó de Tinoco y contra él se irguió firme y austero. Y los tranquilos costarricenses, moderados y corteses, que no tienen

alardes abracadabrantés, ni poses de matachines, ni frases incendiarias de héroes de opereta, derrocaron la Dictadura Tinoco en tiempo corto, de brevedad que contrasta con la duración del ciclo porfiriano en México, y el cuarto de siglo de «métodos andinos» en mi adorada patria venezolana. Y cuenta con que en México y en Venezuela pretendamos ser hombres de polo en pecho.

El tipo del caudillo político existe en Costa Rica, como forzosamente ha de existir en toda democracia organizada, aun en las más elevadas y de abstracciones más idealistas, pues no es concebible el culto a las ideas y a los principios que sirven de guía y de bandera a los grupos o partidos, sin que su práctica o la suposición de la mejor aptitud para su ejecución y defensa, deje de rodear a ciertos hombres de peculiares autoridad e influencias. Pero allí no llega nadie a tener una fuerza de arrastre que ponga en peligro la tranquilidad social, porque los políticos de prestigio son casi todos hombres de una cultura superior, universitarios de primera clase que antes de llegar a la primera fila han pasado por dilatadas y relevantes experiencias, y porque a ello se opone el temperamento, pleno de tolerancia, de las masas populares.

Sentí la vibración ennoblecedora y constante de este temperamento durante el lustro de mi permanencia en suelo costarricense. Allí tuve el gusto y la honra de tratar a los señores Don Bernardo Soto, Don José Rodríguez, Doctor Carlos Durán, Don Rafael Iglesias, Don Ascensión Esquivel, Don Cleto González Víquez y Don Ricardo Jiménez, quienes en 1915 eran los últimos ex-Presidentes, y convivían en el país sin que su permanencia en él fuese otra cosa sino el suceso de mayor normalidad, ni

causa de la menor perturbación por choques entre sus diferentes parciales. El examen de la personalidad misma de dichos señores es bastante a demostrar la capacidad admirable para la elección de sus gobernantes—que es sólo atributo de las democracias superiores—que distingue al pueblo costarricense. He hablado de Jiménez, González Víquez y de Iglesias. Debo agregar que el Licenciado Don José Rodríguez fué un insigne abogado, Presidente del Tribunal Supremo antes de su elección presidencial. Rango tan alto entre los cultivadores de la ciencia jurídica ocupó Don Ascensión Esquivel, quien caracterizó sus iniciativas gubernamentales por trascendentalísimas reformas en la codificación nacional. Y en elogio del Doctor Durán puede decirse que fué en su época el primer galeno de su patria, espíritu de amplia inteligencia y de rectitud ejemplar. ¡Cuántos otros pueblos, de extensión y población mucho más grandes, se dirían felices con poder elegir no ya hombres-cumbres como éstos, sino sus mediocridades más sanas, como un escudo contra la legión de impreparados, de inconscientes, de amorales, y hasta de ladrones y asesinos que pugnan, a veces con éxito rotundo, por adueñarse de los destinos nacionales!

Se quejan algunos centroamericanos de la desviación familiar de la hermana Costa Rica. Acúsala, con frecuencia, de ser localista, mezquina, egoísta; de que en su espíritu no hay amor sino odio para el ideal morazánico de vida confederada.

Se comete una injusticia notoria. Costa Rica respondió como ninguna otra, dando, sin estrépito, la nota del sacrificio heroico, en los momentos de angustia más grande que vivió Centro América, cuando el bucanero pretendió fundar en el corazón mismo del solar común un Estado de raza distinta, como avanzada temible de un imperialismo que desenvainaba la espada francamente en persecución de la conquista definitiva, cínica y brutal. Al pueblo que produjo a don Juanito Mora y lo auxilió y acompañó con entusiasmo viril en su cruzada magnífica más allá de las fronteras nacionales, y regresó luego, trayendo por todo trofeo de sus épicos triunfos, la satisfacción de haber concurrido, con su dinero y con su sangre, a defender a la hermana en desgracia, no puede enrostrársele jamás el dictado de mezquino, porque no rendirle el homenaje que merece por su generosidad excepcional constituiría ya una verdadera ingratitud.

Costa Rica ha respondido, además, a toda excitación que se le ha dirigido—, como lo hizo en Washington en 1907 y allí mismo lo acaba de repetir—, para acordar las normas de vida internacional más estrecha, más cordial y de más fecunda cooperación en beneficio de todos. Pero ha exigido que se mantengan independientes los gobiernos seccionales hasta el advenimiento de tiempos más propicios.

Y tiene razón. No es que ella se considere la mejor y, dominada por un sentimiento de un noble soberbia, pretenda desdeñar a las